

www.elboomeran.com

George Steiner  
Cécile Ladjali

**Elogio de la  
transmisión**  
Maestro y alumno

**Traducción de  
Gregorio Cantera**

Biblioteca de Ensayo 26 (serie menor) Ediciones Siruela

## Índice

Elogio de la transmisión

Prefacio	11
1. Elogio de la dificultad	69
2. Creatividad y escuela	87
3. Gramática	101
4. El profesor	117
5. Los maestros	125
6. Los clásicos	137

7. En clase	155
Nota bibliográfica	163
Agradecimientos	165

## Prefacio

En lo recóndito, todo es ley.

Rainer Maria Rilke, *Cartas a un joven poeta*

«El júbilo conoce.» La fórmula es de Rilke<sup>1</sup>, y me trae a la memoria las muestras de contento con que recibieron mis alumnos el prefacio de George Steiner, destinado a encabezar *Murmures*<sup>2</sup>, un libro de poemas que habían preparado. Acababan de escribir sesenta sonetos sobre el mito de la caída. Páginas rebosantes de imágenes infernales, en las

<sup>1</sup>Rainer Maria Rilke, *Los sonetos a Orfeo*, I, 8, trad. de Eustaquio Barjau, Cátedra, Madrid 1993, pág. 141.

<sup>2</sup>*Murmures*, prefacio de George Steiner, *L'Esprit des Péninsules*, París 2000.

que se reconocía la pálida silueta de Perséfone, la laguna Estigia y sus verdosas aguas, un blanco cabello de las Danaides, e incluso las añiles calderas del cristianismo.

Más allá de la mitología y de los círculos de la Divina comedia, los más dotados de ellos fueron capaces de desgranar metáforas hasta la época actual, hasta llegar a evocar el infierno de los campos de concentración. No les asustó la dificultad de la tarea, llevada a cabo con tal dignidad que hasta el autor de Después de Babel se les sumó, para encontrarse con ellos en la escritura y construir juntos una esperanza.

La experiencia resultó curiosa, cuando menos. Pocas posibilidades tiene de tratar con unos alumnos de Seine-Saint-Denis un profesor emérito, miembro fundador del Churchill College de Cambridge; sucesor de Eliot en la cátedra de poesía de Harvard e impulsor de un seminario de literatura comparada en la Universidad de Ginebra. Pero el caso es que, si los alumnos tuvieron oportunidad de descubrir la satisfacción que procura el saber, George Steiner experimentó, por su parte y sin

lugar a dudas, aquella que entraña el hecho de transmitirlo.

Gracias a la cálida acogida radiofónica que nos dispensaron Nicolas Demorand y Laure Adler, de France Culture, Steiner y yo tuvimos ocasión, en su día, de relatar los pormenores de dicho encuentro. Y así, dos años más tarde, ven la luz aquellas conversaciones. En un momento en el que, en Francia, la cuestión escolar está más candente que nunca, la inteligencia y la satisfacción que emanan de las consideraciones de Steiner al hablar de los alumnos invitan al silencio, reflexivo y respetuoso, que impone el sentido común.

Este libro tan sólo aspira a reproducir el milagro de plantear unas cuantas preguntas que merezcan la pena, más allá de la suficiencia de tantas respuestas de las que nos creemos depositarios; a reflejar la limpieza de corazón de un maestro que invita a su alumno a seguirle; un paseo por ese tiempo de recreo filológico que ha de ser cualquier aula.

Al regalo de palabras y de maravillosas perspectivas con que George Steiner ha obsequiado a mis alumnos, he de añadir uno doble por mi

parte, ahíta de azucarada gratitud. ¡Ojalá que estas conversaciones encandilen al lector y le animen a venir a sentarse con nosotros! Hélène Monsacré, a cuya perspicacia se debe esta publicación, ya ocupa uno de los pupitres. Dejo aquí constancia de mi profundo agradecimiento hacia ella, el mismo que debo manifestar también a mi brillante cómplice, Pierre-Emmanuel Dauzat.

En un noviembre lluvioso, la estación de Drancy\* resulta siniestra. Mucho más debía de serlo hace sesenta años, bajo un sol descarnado, cuando el llanto de tantos niños poblaba los vagones de aquellos trenes.

En el momento en que se pisa el andén, todavía es posible oír aquellas vocecillas, precisamente allí donde la tierra, aún hoy, exhibe sus zanjas empapadas por nubes preñadas de tristeza. Mi instituto se encuentra a unos cuantos pasos de la estación. Lleva el nombre de un pintor: Eugène Delacroix,

\*Drancy fue el principal campo de concentración y deportación de Francia durante la barbarie nazi, con capacidad para más de 70.000 personas. (N. del T.)

el autor de *Mujeres de Argel*, las mismas en cuyos cabellos ya intuyese Baudelaire un cierto «perfume de lugar de perdición». Oriente ya representaba en aquel entonces una amable incitación a morar en los «Limbo de la tristeza». Pronto daremos un curso sobre Baudelaire. Mas la poesía oriental es algo que queda lejos del alcance de mis alumnos, lo mismo que el horror. Deambulan, en cambio, por un extraño Purgatorio, errantes entre la inconsciencia del Mal y la de la Belleza. Sabían muy poco de Drancy. Menos aún intuyen a Baudelaire.

Releía yo, en aquella época, el ensayo de Steiner, *En el castillo de Barba Azul*, texto inquietante, en el que saca a la luz la inadmisibile paradoja que se da entre cultura y barbarie. La necesidad de retornar a aquellos párrafos me vino impuesta de forma casi dolorosa. Me sentía perdida, destrozada, por el imperativo de tener que afrontar, ante la clase, la sordidez de la historia, para que nuestra docencia no fuera tildada de «amnesia planificada»<sup>3</sup>, así como por el acuciante deseo de guiar a mis

<sup>3</sup>Infra, pág. 79.

alumnos por otros derroteros. Aquella mezcla de mala conciencia y de empecinamiento culminó en una certeza: supe que, algún día, llegaría a conocer al autor del libro que tenía en mis manos. Estaba segura, porque aquél había escrito:

Aunque en formas paródicas y en última instancia negadoras, la bestialidad política recogió ciertas convenciones, cierto lenguaje y ciertos valores exteriores de la cultura elevada. Y, como vimos, la infección fue, en numerosos casos, recíproca. Minada por el ennuí<sup>4</sup> y la estética de la violencia, una buena proporción de la clase intelectual y de las instituciones de la civilización europea –en el campo de las letras, de las academias, de los ejecutantes de artes– acogió la inhumanidad con variados grados de bienvenida. Nada impidió en el cercano mundo de Dachau que en Munich se desarrollara el gran ciclo de invierno de la música de cámara de Beethoven.

<sup>4</sup>En francés, en el texto. En el primero de los ensayos del libro, Steiner cita la frase de Théophile Gautier, *plutôt la barbarie que l'ennui* [antes la barbarie que el hastío]. Más adelante, volveremos sobre las relaciones entre estética finisecular y barbarie.

Ninguna tela desapareció de las paredes de los museos cuando aquellos hombres sanguinarios pasaban reverentemente frente a ellas con guías y catálogos en la mano<sup>5</sup>.

Como puñales que fuera preciso arrancar, aquellas palabras se me habían clavado en el corazón. Porque, efectivamente, tras la lectura de aquella página se tambaleaban los propios valores humanistas que pretendía transmitir en clase. Aunque me cueste aceptarlo, soy de las que se dejan llevar por la insidiosa tentación de superar todo lo desagradable a fuerza de poesía. Y envié los sonetos de mis alumnos a George Steiner, a Cambridge, para que se hiciera una idea del contexto histórico y suburbano en que habían nacido aquellos poemas. Tres días después, obtuve respuesta. Una carta escrita a máquina, como todas las que recibiría más tarde, con la fecha del 24 de diciembre, enmarcada en una estrella:

<sup>5</sup>George Steiner, En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura, trad. de Alberto L. Budo, Gedisa, Barcelona 1998, págs. 88-89.

Cambridge, 24 de diciembre, 1998

Tanto su carta como los escritos de sus alumnos me han emocionado profundamente. No es en la universidad donde se libran las más decisivas batallas contra la barbarie y el vacío, sino en la enseñanza secundaria, y en barriadas deprimidas como la de Seine-Saint-Denis.

No sólo su coraje, sino el espíritu y el ánimo humanitarios que su carta permite adivinar, hacen que sienta envidia de sus alumnos. Gracias a usted, se han abierto al tiempo futuro del verbo y, por si fuera poco, bajo la sombra atroz que evoca el nombre de Drancy.

Resuenan en esta carta los ecos de aquella fulgurante expresión de René Char: *L'aigle est au futur* [El águila está en futuro]<sup>6</sup>. Para George Steiner, la gramática es una hechicera capaz de trasladarnos más allá del mundo, merced al capricho de un si radiante o de un insolente subjuntivo. Los ondu-

<sup>6</sup> René Char, «La Bibliothèque est en feu», en *Œuvres complètes*, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, París 1995, págs. 377-378 [«La biblioteca está en llamas», en *La palabra en archipiélago*, trad. de Jorge Riechmann, Hiperión, Madrid 1986, pág. 81].

lantes encantamientos de las modas contrafácticas cartografían la lengua y encierran promesas de alocados imposibles, como olvidar el mundo o el color gris. «Soñar es una forma de futuridad.»<sup>7</sup> Gramática y poesía, o poesía de la gramática, que diría Jakobson; el discurso atemperado es susceptible de «negar el universo tal como habíamos decidido percibirlo»<sup>8</sup>. El Steiner filólogo tendió a mis alumnos una vara de avellano. Honda era la fuente, y el agua que bebieron fue la de la esperanza, más embriagadora aún que el vino.

Por primera vez, sin lugar a dudas, bajo la tutela de un lector de tal categoría, comenzaron a fiarse de su propio lenguaje. Hasta aquel momento, las palabras les habían parecido algo humillante. La idea del libro les daba miedo, hasta que lo escribieron y se plegaron a su sortilegio. Los dos sonetos que habían ideado, uno de ellos a contrapelo, eran como una simpática mueca al caos de su escolari-

<sup>7</sup>Infra, pág. 158.

<sup>8</sup> George Steiner, *Presencias reales*, trad. de Juan Gabriel López-Guix, Destino, Barcelona 1989.

dad. La poesía no ve con malos ojos las faltas (paradoja), la reiteración (anáfora), la pesadez sintáctica (anacoluto). Como les había pedido que trabajasen sobre el mito de la caída, descubrían el desvaído esplendor que rodea a todo descenso, a todo fracaso.

Aquel primer intercambio conserva para mí el mismo valor que un talismán, delicado estruendo de la conjunción entre dos sustantivos, que me da ánimos para acudir a mi cita diaria con la clase.

Y me atrevo a imaginar que el libro perdurará en mis alumnos, más allá del mero recuerdo de aquel año en el que se prepararon para el bachillerato, que será algo que les acompañará a lo largo de su vida como adultos.

Así, mis alumnos se entregaron al juego de la escritura. Pensaban que componer poesía era fácil. Lo primero que redactaron fue de una banalidad absoluta. Tuvieron que volver a escribir varias veces los sonetos. La tarea que tenían encomendada respondía a una mecánica intransigente. Toda imagen que les parecía inédita, al igual que el hallazgo de expresiones más felices, dejaba un regusto a numerosas lecturas. Nadie es capaz de escribir, si no ha

leído mucho. Cada día llegaba a clase con maletas de libros. Incluso he hecho una lista de los que nunca volvieron a mis manos. Aún los espero. Es muy probable que dichos hurtos se conviertan en el único testimonio de un pequeño éxito pedagógico.

Pasó aquel invierno, con sus dramas subterráneos. Tuvimos la oportunidad de conocernos en primavera. El hecho tuvo lugar el 6 de junio de 1999, en el Théâtre de l'Odéon, con motivo de un coloquio sobre la crisis de la escolaridad, en el que participaba Steiner. La inminente muerte de mi madre, junto con la alegría por aquel primer encuentro, habían hecho de mí un ser sordo y ciego: andaba sumida en un dolor lacerante. Escasos son los recuerdos que conservo de aquel debate, en el que participaron intelectuales parisinos, historiadores y filósofos; también estaba presente un conocido actor que, con gestos grandilocuentes, nos atosigaba con Céline. Steiner se mostró desabrido. Las primeras palabras que me dijo fueron: «Estoy muy triste». En efecto, el coloquio había resultado decepcionante. Con todo, al final del

debate, subí al escenario de aquel teatro para representar mi papel. «¿En qué puedo ayudarle?», fue lo siguiente que me dijo Steiner. De modo que abandonamos la escena para volver a la realidad y a todo aquello que llegaría a sobrepasarla, «l'amitié fantastique» [la fantástica amistad]<sup>9</sup>. Fuimos a un café, con la esperanza de encontrar alivio al calor de una botella. Casi de inmediato, Steiner recobró la sonrisa, porque unos estudiantes muy jóvenes le reconocieron y, en pleno junio, lejos de los teatros, improvisaron un pequeño cenáculo en torno a la mesa del maestro.

Algunos días después de aquel primer encuentro, pasé por la dolorosa prueba del duelo. Escribí a mi «maestro» de Inglaterra con amargos comentarios sobre las ideas que él mismo había esgrimido frente a los capitostes de l'Odéon: «Hablamos del porvenir y de Europa, ¡y ni siquiera hay un científi-

<sup>9</sup> René Char, «Feuillets d'Hypnos», 142, *Fureur et mystère* (1943), Gallimard, Poésie, París 2000, pág. 119 [Furor y misterio/Hojas de Hipnos, 142, trad. de Jorge Riechmann, Visor, Madrid 2002, pág. 205].

co sentado a esta mesa!». Pero, el hecho es que la gente se muere en los hospitales y que, a pesar de sus tropiezos, la ciencia sigue adelante. Lo entendí entonces mejor que nunca. En su contestación, Steiner me decía que es posible que los científicos aún no hayan encontrado nada, pero que «investigan», mientras que otros se mantienen, impertérritos, en la insensatez de unos «hábitos descorazonadores»<sup>10</sup>.

Espenbaum, dein Laub blickt weiß ins Dunkel.  
Meiner Mutter Haar ward nimmer weiß<sup>11</sup>.

[Álamo, tus hojas brillan blancas en la oscuridad./ El pelo de mi madre nunca encaneció.]

Ésos fueron los versos que sellaron nuestra primera complicidad en torno a la tristeza.

Nuestro segundo gran encuentro se produjo

<sup>10</sup> Carta del 7 de julio de 1999.

<sup>11</sup> Paul Celan, *Mohn und Gedächtnis*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart 1952 [Amapola y memoria, trad. de Jesús Munárriz, Hiperión, Madrid 1999, pág. 39].

con motivo de nuestra intervención en la emisión del programa «Casos escolares», de France Culture, presentado por Nicolas Demorand. Ataviada de rojo y negro, fui a esperarle a la Gare du Nord. Entre brumas cinematográficas, tocado con su habitual boina negra y con una maleta en la mano, Steiner hizo su aparición en el andén como una figura anacrónica, con algunos comentarios irónicos sobre el grotesco recibimiento stendhaliano que le había dispensado. Durante dos días, todo un rosario de taxis: de la estación al Barrio Latino, de la Place Maubert a la Maison de la Radio, de los barrios elegantes a los alrededores de la Cité. A pesar del cansancio y de la sobrecarga de trabajo que representaba para él, había hecho aquel viaje para rendir tributo al trabajo de mis alumnos. No sé de ningún intelectual francés, de entre todos aquellos a quienes me he dirigido, que haya sido capaz de hacer algo así. «No es en la universidad donde se libran las más decisivas batallas contra la barbarie y el vacío...»<sup>12</sup> Esta frase de aquella primera carta que recibí de Steiner todavía me llena de contento y me sume en la tristeza.

<sup>12</sup>Supra, pág. 18.